

interior del territorio rebelde desde su base de operaciones en Minas de Bueycito. Cerca del mediodía, después de pasar por La Otilia, la fuerte y bastante experimentada tropa enemiga chocó con la emboscada de Guillermo García, a la altura de El Macío, y se entabló un furioso combate. La columna principal de los guardias fue obligada a detener su avance, y nuestros combatientes lograron repeler los varios intentos del jefe enemigo de flanquear las posiciones rebeldes para salir a su retaguardia. Durante el intenso bombardeo de morteros que ordenó desatar Sánchez Mosquera para tratar de desalojar a los hombres de Guillermo, resultó herido de cierta gravedad el combatiente Manuel Díaz.

En El Macío se siguió combatiendo intermitentemente a lo largo de los tres días siguientes. A pesar de la presión constante de Sánchez Mosquera, quien contaba con más de 300 hombres bien armados y equipados, y sus hábiles intentos de infiltrar los flancos de nuestras fuerzas, la rápida movilidad de las escuadras rebeldes, la tenaz determinación de sus integrantes de cumplir las instrucciones de no ceder hasta el último esfuerzo y la capacidad demostrada por Guillermo para situar una emboscada tras otra con el máximo aprovechamiento del terreno, permitieron lograr el propósito de ir desgastando y retardando el avance enemigo.

En una de estas innumerables acciones, el mensajero rebelde Misail Machado fue sorprendido el 2 de junio y cayó combatiendo contra una patrulla de guardias. Él fue la primera baja mortal de nuestras fuerzas durante el desarrollo de la ofensiva enemiga.

No fue sino hasta el 8 de junio cuando Sánchez Mosquera, reabastecido de balas y municiones, logró avanzar hasta las cercanías de La Estrella. En 10 jornadas, el poderoso Batallón 11, que contaba con los soldados más veteranos de los que lucharon contra nosotros en las montañas, no había logrado penetrar ni siquiera otros tantos kilómetros en el territorio rebelde, lo cual dice mucho de la tenacidad y eficacia de la resistencia opuesta por nuestros combatientes en ese sector y las adecuadas medidas de protección. Ya para entonces, sin embargo, Ramiro me había informado que solo contaba con la mitad de las reservas del parque que yo le había enviado en previsión de estas acciones.

Nuestros hombres combatieron de nuevo con coraje y eficacia en La Estrella desde el día 8 hasta el siguiente, pero no pudieron impedir, en definitiva, que el enemigo se apoderara del caserío. Allí, Sánchez Mosquera estableció campamento, tal vez para reponer fuerzas después de las agotadoras jornadas de desgaste vividas por sus guardias desde la salida de Minas de Bueycito, o quizás para reevaluar sus planes inmediatos. Esta posibilidad no deja de tener peso a la luz de lo que ocurrió en los días subsiguientes.

La llegada de la fuerza enemiga a La Estrella era parte de nuestras previsiones. Hasta el momento, el Batallón 11 estaba siguiendo la ruta del río Buey en una de sus direcciones previstas, la que lo llevaría al firme de la Maestra por la zona de Santana. El único problema inmediato planteado en este sector, por tanto, era el excesivo gasto de balas de nuestros combatientes, que podría provocar el debilitamiento de la resistencia rebelde ante el ulterior avance de los guardias.

Ramiro me insistió en el tema nuevamente en un mensaje que recibí por teléfono el día 11. De inmediato le contesté en términos muy duros:

No piensen recibir una sola bala. Tienen q arreglárselas con lo que tengan o pagar bien caro la falta de cabeza y sentido común. La gente debe disparar sobre los guardias a matar y a boca de jarro, no para asustarlos con el ruido. No pueden gastar en dos horas las balas q deben durar un mes. Los tipos q [...] tiran 500 balas con una ametralladora en unos minutos y luego se jactan de ello, son dignos de ser fusilados. No estoy dispuesto a permitir q la Rev [Revolución] sea desbaratada por culpa de cretinos.

Enviaré facultades excepcionales a Comt [comandantes] y Capt [capitanes] para proceder drásticamente contra todo acto [de] cobardía y estupidez. Te enviaré instrucciones detalladas a



Fidel y el Comandante Juan Almeida Bosque, en aquellos días de lucha en la Sierra Maestra.

medida q se desarrollen [los] acontecimientos. Mucha inteligencia, q es la q más falta hace en estos momentos.

[...] Nosotros supimos sostener la Rev [Revolución] y hacerla resurgir con 20 balas por fusil, en Palma Mocha matamos 5 soldados sin gastar más de 280 balas y éramos unos novatos.

A mi juicio, era necesario una vez más el tono de esta respuesta para que nuestros combatientes tuvieran plena conciencia de la necesidad de ahorrar al máximo nuestros bien escasos recursos. Pero, por otra parte, había que reconocer que los defensores de ese sector estaban haciendo un esfuerzo sobrehumano frente a la presión posiblemente más intensa, de que era capaz el enemigo en los distintos frentes de su ofensiva. Por esa razón, al día siguiente, en mensaje que le envié al Che, donde le daba cuenta de los acontecimientos por el sector nordeste, le agregué:

Mándame también 500 balas 30.06 que tengo que enviarle a Ramirito, aunque se las voy a retardar lo más posible, porque es la única forma [de] que no nos quedemos sin una sola bala. Ayer le respondí que no pensarán recibir una sola más. Sigo pensando que ese [es] el punto más débil de nuestra estrategia.

Hay que ver lo que significa que, a estas alturas de la batalla, la respuesta concreta que puedo darle a la petición de parque de Ramiro para sostener la resistencia en todo un sector es una negativa tajante, mientras hago la silenciosa gestión de la irrisoria cantidad de 500 balas. Así estábamos resistiendo, contra todos los pronósticos, y, lo que es más importante, así estábamos convencidos de vencer.

En definitiva llegué a enviarle a Ramiro, el día 13, un pequeño refuerzo de 400 balas para fusiles 30.06. En el mensaje que le cursé con el parque le insistía de nuevo en este crítico tema, y le trasladaba también esa confianza en la victoria:

Tengo que ahorrarlas [las balas] como cuestión de vida o muerte. Estoy esperando gran ayuda desde fuera este mismo mes. Estoy seguro de que podremos resistir si llevamos adelante el plan correcto de lucha. Necesitamos tres meses para recibir los refuerzos suficientes con que lanzarnos a la ofensiva cuando el enemigo esté virtualmente agotado.

Ciertamente, yo confiaba aún en las posibilidades de recibir suministros desde el exterior, pero

estaba convencido de que, incluso, en el caso de que no fuese así —y no fue así—, los planes de defensa que habíamos elaborado nos permitirían resistir con nuestros propios medios y con los que fuéramos arrancando al enemigo, hasta que llegara el momento en que la ofensiva se desgastara y detuviera. Entonces sería cuando la iniciativa pasaría a nuestras manos.

Esta confianza absoluta se refleja en la orden que curso al mediodía del 11 de junio al comandante Camilo Cienfuegos, quien, como se recordará, estaba operando hacia más o menos dos meses en los llanos del Cauto para que se desplazara urgentemente con lo mejor de su columna a reforzar la Sierra atacada. Dice así el texto completo de este mensaje:

Después de estudiar detenidamente la situación y analizar los planes nuestros y del enemigo he decidido enviarte con carácter urgente este mensaje.

Te necesito aquí con todas las armas buenas [de] que puedas disponer. Se va a librar en la Sierra una batalla de la mayor trascendencia. Ellos van a concentrar contra esto el grueso de sus fuerzas tratando de dar un golpe decisivo. El número que ellos puedan concentrar aquí no importa a los resultados finales, lo que importa es que nosotros dispongamos el mínimo necesario para aprovechar al máximo las extraordinarias ventajas de este escenario donde sabemos se va a librar la lucha. Ese mínimo se completa contigo.

El desplazamiento tuyo de allí hacia acá, aparte del valor que implica en este instante, tiene la ventaja de que en cuestión de días puedes de nuevo situarte en esa zona cuando las razones de estrategia general así lo requieran. El enemigo además ha trazado ya sus planes contando contigo ahí, vamos a hacer que tengan que librar su batalla contigo aquí. Al objeto de aprovechar además las ventajas de tu estancia en esa, debes dejar una patrulla de escopeteros operando por la zona que despiste al enemigo y llevar a cabo tú el traslado hacia acá sin que nadie sepa ni adivine tu rumbo.

Dirígete hacia la zona de Santo Domingo. Este mensaje lo pienso enviar también por otra vía para asegurar su llegada. Estoy completamente seguro del éxito de nuestros planes.

Un fuerte abrazo.

En realidad, los aguerridos hombres que le pedía eran alrededor de 40. En un mensaje adi-